

## Meditación n. 4

## Traducción ofrecida por Vatican News

### Conversaciones sobre el camino a Emaús – 2 octubre, 2023



Estamos llamados a recorrer el camino sinodal en amistad. De lo contrario no llegaremos a ninguna parte. La amistad, con Dios y entre nosotros, tiene sus raíces en la alegría, en el gozo, de estar juntos, pero necesitamos palabras. En Cesarea de Filipo la conversación se detuvo. Jesús había llamado a Pedro "Satanás", enemigo. En la montaña todavía no sabe qué decir, pero los discípulos comienzan a escucharlo y así la conversación puede reanudarse mientras se dirigen hacia Jerusalén.

En el camino, los discípulos discuten, malinterpretan a Jesús y finalmente lo abandonan. Vuelve el silencio. Pero el Señor resucitado aparece y les ofrece palabras curativas para que se digan unos a otros. Nosotros también necesitamos palabras curativas que superen las fronteras que nos dividen: las fronteras ideológicas de izquierda y derecha, las fronteras culturales que dividen un continente de otro, las tensiones que a veces dividen a hombres y mujeres. Las palabras compartidas son el alma de nuestra Iglesia. Debemos encontrarlos por el bien de nuestro mundo, donde la violencia está alimentada por la incapacidad de la humanidad de escuchar. La conversación conduce a la conversión.

¿Cómo deberían comenzar las conversaciones? En el *Génesis*, después de la caída, hay un silencio terrible. La comunión silenciosa del Edén se ha convertido en el silencio de la vergüenza. Adán y Eva se esconden. ¿Cómo puede Dios superar este abismo? Dios espera pacientemente hasta que se hayan vestido para ocultar su vergüenza. Ahora están listos para su primera conversación bíblica. El silencio se rompe con una simple pregunta: "¿Dónde estás?". ¿Es esta una pregunta de información? Es una invitación a salir a la luz y permanecer visiblemente ante Dios.

Quizás esta sea la primera pregunta con la que deberíamos romper los silencios que nos separan. No: “¿Por qué tienes esas opiniones ridículas sobre la liturgia?” o “¿Por qué eres un hereje o un dinosaurio patriarcal?” o “¿Por qué estás sordo conmigo?”. Pero “¿Dónde estás?”, “¿Qué te preocupa?”. Este soy yo. Dios invita a Adán y Eva a salir de su escondite y mostrarse. Si nosotros también salimos a la luz y nos dejamos ver tal como somos, encontraremos palabras para los demás. En la preparación de este sínodo, a menudo ha sido el clero el que se ha mostrado más reacio a salir a la luz y compartir sus preocupaciones y dudas. Quizás tengamos miedo de que nos vean desnudos. ¿Cómo podemos animarnos unos a otros a no temer a la desnudez?

Después de la resurrección, el silencio del sepulcro vuelve a ser roto por preguntas. En el Evangelio de Juan: “¿Por qué lloras?”. En Lucas: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?”. Cuando los discípulos huyen a Emaús, están llenos de ira y desilusión. Las mujeres dicen haber visto al Señor, pero son sólo mujeres. ¡Como hoy, a veces las mujeres parecían no contar! Los discípulos huyen de la comunidad de la Iglesia, como tantos hoy. Jesús no bloquea su camino y no los condena. Él pregunta: “¿Cuáles son esas conversaciones que están teniendo entre ustedes?”. ¿Cuáles son las esperanzas y decepciones que se agitan en vuestros corazones? Los discípulos hablan enojados. En griego significa literalmente: “¿Cuáles son estas palabras que se tiran unos a otros?”. Entonces Jesús los invita a compartir su ira. Habían esperado que Jesús fuera quien redimiría a Israel, pero se equivocaron. Ha fracasado. Así que él camina con ellos y se abre a su ira y a su miedo.

Nuestro mundo está lleno de ira. Hablamos de la política de la ira. Un libro reciente se llama *American Rage*, *Rabia americana*. Esta ira contagia también a nuestra Iglesia. Ira justificada por el abuso sexual infantil. Ira por la posición de la mujer en la Iglesia. Ira contra esos horribles conservadores o esos horribles liberales. Como Jesús, tenemos el coraje de preguntarnos unos a otros: “¿De qué estás hablando? ¿Por qué estás enojado?”. ¿Tenemos el coraje de escuchar la respuesta? A veces me canso de escuchar toda esta rabia. No puedo soportar escuchar más. Pero debo escuchar, como lo hace Jesús, caminando hacia Emaús.

Mucha gente espera que sus voces sean escuchadas en este sínodo. Se sienten ignorados y sin voz. Ellos están en lo correcto. Pero sólo tendremos voz si escuchamos primero. Dios llama a las personas por su nombre. Abraham, Moisés, Samuel. Responden con la hermosa palabra hebrea *Hinni*, “Aquí estoy”. El fundamento de nuestra existencia es que Dios se dirige a cada uno de nosotros por nuestro nombre y nosotros escuchamos. No el cartesiano “pienso, luego existo”, sino que escucho, luego existo. Estamos aquí para escuchar al Señor y a los demás. Como dicen “¡tenemos dos orejas pero solo una boca!” La palabra viene sólo después de escuchar.

Escuchamos no sólo lo que dice la gente, sino también lo que intenta decir. Escuchamos las palabras no dichas, las palabras que buscan. Hay un dicho siciliano: “La miglior parola è quella che non si dice”, “La mejor palabra es la que no se dice” (1). ¿Escuchamos para saber si tienen razón, si hay una pizca de verdad, incluso si lo que dicen está mal? Escuchemos con esperanza y no con desprecio. En el Consejo General de la Orden Dominicana teníamos una regla. Lo que dijeron los hermanos nunca fue una tontería. Puede ser desinformado, ilógico, incluso equivocado. Pero en algún lugar de sus palabras equivocadas hay una verdad que necesito escuchar. Somos mendigos en busca de la verdad. Los primeros frailes decían de Santo Domingo que “lo comprendía todo en la humildad de su inteligencia” (2).

Quizás las órdenes religiosas tengan algo que enseñar a la Iglesia sobre el arte de la conversación. San Benedicto nos enseña a buscar el consenso, Santo Domingo a amar el debate, Santa Catalina de Siena a deleitarnos en la conversación y San Ignacio de Loyola el arte del discernimiento. San Felipe Neri, el rol de la risa.

Si escuchamos de verdad, nuestras respuestas preconfeccionadas se desvanecerán. Nos quedaremos estupefactos y sin palabras, como Zacarías antes de empezar a cantar. Si no sé cómo responder al dolor o a la perplejidad de una hermana o de un hermano, debo dirigirme al Señor y pedirle que me dé las palabras. Entonces puede comenzar la conversación.

La conversación necesita un salto imaginativo a la experiencia de la otra persona. Ver con sus ojos y oír con sus oídos. Tenemos que ponernos en su piel. ¿De qué experiencias surgen sus palabras? ¿Qué dolor o esperanza llevan dentro? ¿Qué recorrido están haciendo?

En un Capítulo General Dominicano hubo un acalorado debate sobre la naturaleza de la predicación, ¡un tema siempre candente para los dominicos! El documento propuesto al Capítulo entendía la predicación como dialógica: proclamamos nuestra fe entablando una conversación. Pero algunos miembros del capítulo no estaban de acuerdo en absoluto, argumentando que esto rozaba el relativismo. Dijeron: "Debemos tener el valor de predicar la verdad con valentía". Poco a poco se hizo evidente que los hermanos que se enfrentaban hablaban desde experiencias muy diferentes.

El documento había sido escrito por un hermano que vivía en Pakistán, donde el cristianismo está necesariamente en constante diálogo con el islam. En Asia no hay predicación sin diálogo. Los hermanos que reaccionaron enérgicamente contra el documento procedían principalmente de la antigua Unión Soviética. Para ellos, la idea de dialogar con quienes les habían encarcelado no tenía sentido. Para superar el desacuerdo, la argumentación racional era necesaria pero no suficiente. Era necesario imaginar por qué la otra persona mantenía su punto de vista. ¿Qué experiencia le llevó a ese punto de vista? ¿Qué heridas lleva? ¿Cuál es su alegría?

Esto exigía que uno escuchara con toda su imaginación. El amor es siempre un triunfo de la imaginación, mientras que el odio es un fracaso de la imaginación. El odio es abstracto. El amor es particular. En la novela de Graham Greene *El poder y la gloria*, el héroe, un sacerdote pobre y débil, dice: "Cuando veías las arrugas en las comisuras de los ojos, la forma de tu boca, cómo crecía tu pelo, era imposible odiar. El odio era sólo un fracaso de la imaginación".

Tenemos que cruzar no sólo la izquierda y la derecha, o las fronteras culturales, sino también las generacionales. Tengo el privilegio de vivir con jóvenes dominicos cuyo itinerario de fe es diferente al mío. Muchos religiosos y sacerdotes de mi generación crecieron en familias muy católicas. La fe impregnaba profundamente nuestra vida cotidiana. La aventura del Concilio Vaticano II fue llegar al mundo secular. Los sacerdotes franceses iban a trabajar a las fábricas. Nos quitábamos el hábito y nos sumergíamos en el mundo. Una monja enfadada, al verme con el hábito, estalló: '¿Por qué sigues llevando esas cosas viejas?

Hoy, muchos jóvenes -sobre todo en Occidente, pero cada vez más en todas partes- crecen en un mundo laico, agnóstico o incluso ateo. Su aventura es descubrir el Evangelio, la Iglesia y la tradición. Llevan el hábito con alegría. Nuestros caminos son opuestos, pero no contradictorios. Como Jesús, debo caminar con ellos y aprender lo que enciende sus corazones. "¿De qué habláis?

¿Qué películas ven? ¿Qué música te gusta?". Entonces tendremos palabras el uno para el otro. Tengo que imaginarme cómo me *ven*. ¿Quién soy a sus ojos? Una vez iba en bicicleta por Saigón con un grupo de jóvenes estudiantes vietnamitas dominicanos. Fue mucho antes de que fuera normal ver turistas. Doblamos la esquina y había un grupo de turistas occidentales. Parecían grandes y gordos y tenían una complejión fea y extraña. Qué gente más rara. Entonces me di cuenta de que yo también tenía ese aspecto.

Mientras los discípulos caminan hacia Emaús, oyen a este desconocido que les llama tontos y les contradice. Y, además, ¡está enfadado! Pero ellos empiezan a alegrarse de sus palabras. Les arde el corazón. Durante el sínodo, ¿podemos aprender el placer extático del desacuerdo que conduce al entendimiento? Hugo Rahner, hermano menor de Karl (¡y mucho más fácil de entender!), escribió un libro sobre el *homo ludens*, la humanidad lúdica (3). Aprendamos a hablarnos de forma lúdica. Como hacen Jesús y la samaritana en el pozo de *Juan 4*.

En la primera lectura de hoy oímos que en la plenitud de los tiempos "las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, que jugarán en sus plazas" (Zacarías 8,5). El Evangelio nos invita a todos a hacernos niños: "En verdad les digo: si no cambian y no llegan a ser como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mateo 18,3). Nos preparamos para el Reino haciéndonos juguetones, como niños, pero no infantiles. A veces, en la Iglesia nos invade una seriedad aburrida y sin alegría. ¡No es de extrañar que la gente se aburra!

En la noche del nuevo milenio, mientras estaba en Costa de Marfil esperando para coger un vuelo a Angola, me senté en la oscuridad con nuestros estudiantes dominicos, bebiendo una cerveza con ellos y charlando tranquilamente sobre lo que más apreciábamos. Saboreábamos el placer de ser diferentes, de tener una imaginación diferente. ¡El placer de la diferencia! ¡Temía perder el avión, pero llegó con tres días de retraso!

La diferencia es fructífera, generativa. Cada uno de nosotros es fruto de la maravillosa diferencia entre hombres y mujeres. Si huimos de la diferencia, seremos estériles y sin hijos, en nuestros hogares y en nuestra Iglesia. Una vez más, ¡demos las gracias a todos los padres de este sínodo! Las familias pueden enseñar mucho a la Iglesia sobre cómo tratar las diferencias. Los padres aprenden a tratar con hijos que toman decisiones incomprensibles y, sin embargo, saben que siguen teniendo un hogar.

Si podemos descubrir el placer de imaginar por qué nuestros hermanos y hermanas tienen opiniones que nosotros consideramos extrañas, entonces comenzará una nueva primavera en la Iglesia. El Espíritu Santo nos concederá el don de hablar otras lenguas.

Es bueno observar que Jesús no intenta controlar la conversación. Pregunta de qué hablan; va adonde ellos van, no adonde a él le gustaría ir; acepta su hospitalidad. Una conversación de verdad no se puede controlar. Uno sigue la dirección que toma. No es posible predecir adónde nos llevará, a Emaús o a Jerusalén. ¿Adónde llevará este sínodo a la Iglesia? Si lo supiéramos de antemano, no tendría sentido celebrarlo. Dejémosnos sorprender.

La conversación real es, por tanto, arriesgada. Si nos abrimos a los demás en una conversación libre, cambiaremos. Cada amistad profunda hace nacer una dimensión de mi vida y de mi identidad que antes no existía. Me convierto en alguien que nunca antes había sido. Crecí en una maravillosa familia católica conservadora. Cuando me hice dominico, entablé amistad con personas que tenían

una historia diferente, una política completamente distinta, ¡lo que a mi familia le pareció inquietante! ¿Quién era yo, entonces, cuando volví a casa para estar con mi familia? ¿Cómo conciliaba la persona que era con ellos y la persona en la que me estaba convirtiendo con los dominicos?

Cada año conozco a nuevos dominicanos, con diferentes creencias y formas de ver el mundo. Si me abro a ellos en amistad, ¿en quién me convertiré? Incluso a mi avanzada edad, mi identidad debe permanecer abierta. En la novela de Madeleine Thien sobre los inmigrantes chinos en Estados Unidos, *Do not say We have Nothing, No digáis que no tenemos nada*, uno de los personajes dice: "Nunca intentes ser una sola cosa, un ser humano íntegro de una sola pieza. Si tanta gente te quiere, ¿puedes ser honestamente una sola cosa?" (4). Si nos abrimos a múltiples amistades, no tendremos una identidad clara y bien definida. Si nos abrimos los unos a los otros en este sínodo, todos cambiaremos. Será una pequeña muerte y resurrección.

Un maestro de novicios dominico filipino tenía un aviso en su puerta: "Perdónenme. Soy un trabajo en curso". La coherencia está en el futuro, en el Reino. Entonces el lobo y el cordero dentro de cada uno de nosotros estarán en paz el uno con el otro. Si ahora tenemos identidades cerradas, fijas, grabadas en piedra, nunca experimentaremos la aventura de nuevas amistades que revelarán nuevas dimensiones de lo que somos. No estaremos abiertos a la espaciosa amistad del Señor.

Cuando llegan a Emaús, termina la huida de Jerusalén. Jesús parece querer ir más lejos, pero con espléndida ironía invitan al Señor del sábado que se quede a descansar con ellos. "Quédate con nosotros, porque anochece y el día ya declina" (*Lucas 24,29*). Jesús acepta su hospitalidad, como los tres forasteros de Génesis 18 aceptaron la hospitalidad de Abraham. Dios es nuestro huésped. Nosotros también debemos tener la humildad de ser huéspedes. La presentación alemana decía que debemos abandonar "la cómoda posición del dador de hospitalidad para dejarnos acoger en la existencia de aquellos que son nuestros compañeros en el camino de la humanidad".

Marie-Dominique Chenu OP, el abuelo del Concilio Vaticano II, salía casi todas las noches, incluso a sus ochenta años. Salía a escuchar a dirigentes sindicales, universitarios, artistas, familias, y aceptaba su hospitalidad. Por la noche, nos tomábamos una cerveza y nos preguntaba: "¿Qué has aprendido hoy? ¿En qué mesa te has sentado? ¿Qué regalos has recibido?". La Iglesia de cada continente tiene dones que ofrecer a la Iglesia universal. Por ejemplo, mis hermanos de América Latina me enseñaron a abrir los oídos a las palabras de los pobres, especialmente de nuestro querido hermano Gustavo Gutiérrez. ¿Las escucharemos en nuestros debates de este mes? ¿Qué aprenderemos de nuestros hermanos y hermanas de Asia y África?

"Estando a la mesa con ellos, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista" (*Lucas 24, 30-31*). Se les abrieron los ojos. La primera vez que oímos esta frase fue cuando Adán y Eva tomaron el fruto del árbol de la vida y se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Por eso algunos comentaristas antiguos veían a los discípulos como Cleofás y su mujer, un matrimonio, como los nuevos Adán y Eva. Ahora comen el pan de la vida.

Una última breve reflexión: Cuando Jesús desaparece de su vista, los discípulos dicen: "¿no ardía nuestro corazón en nuestros pechos mientras conversaba con nosotros por el camino?" (*Lucas 24, 32*). Es como si sólo después se dieran cuenta del gozo que habían experimentado al caminar con el Señor. San John Henry Newman decía que solo cuando miramos atrás, a nuestra vida, nos damos

cuenta de que Dios siempre estuvo con nosotros. Rezo porque esta sea también nuestra experiencia.

Durante este Sínodo, seremos como aquellos discípulos. A veces no seremos conscientes de la gracia del señor que actúa en nosotros, e incluso podríamos pensar que es una pérdida de tiempo. Pero pido a Dios que después, mirando hacia atrás, nos demos cuenta de que Dios estuvo con nosotros todo el tiempo, y que nuestros corazones ardían dentro de nosotros.

**Note:**

(1) “La meglu parola è chiddra chi nun si dici”.

(2) ‘humili cordis intelligentia’,

(3) *Man at Play or Did you ever practice eutrapelia? Hombre jugando o ¿Has practicado alguna vez la eutrapelia?* Traducido por Brian Battershaw y Edward Quinn, Compass Books, Londres 1965

(4) Granta, Londres, 2016, p.457

## Meditación n.5

## Traducción ofrecida por Vatican News

Autoridad. 2 de octubre de 2023



No puede haber una conversación fructífera entre nosotros si no reconocemos que cada uno habla con autoridad. Todos estamos bautizados en Cristo: sacerdote, profeta y rey. La Comisión Teológica Internacional sobre el *sensus fidei* cita a San Juan: "Ahora tienen la unción recibida del Santo, y todos tienen conocimiento." "Y en cuanto a ustedes, la unción que han recibido de él permanece en ustedes y no necesitan que nadie venga a enseñarles; [...] su unción les enseña todas las cosas" (1 Jn 2, 20.27).

Durante la preparación del sínodo, muchos laicos se sorprendieron al comprobar que, por primera vez, se les escuchaba. Habían cuestionado su propia autoridad y se habían preguntado: "¿De verdad puedo hacer algo?" (II B.2.53). Pero no sólo los laicos carecen de autoridad. Toda la Iglesia sufre una crisis de autoridad. Un arzobispo asiático se quejaba de su falta de autoridad. Decía: "Los sacerdotes son todos barones independientes que actúan como si yo no existiera". Muchos sacerdotes también afirman haber perdido toda autoridad. La crisis de los abusos sexuales nos ha desacreditado.

El mundo entero vive una crisis de autoridad. Todas las instituciones han perdido autoridad. Los políticos, la ley, la prensa, todos han sentido cómo se les escapaba la autoridad. La autoridad siempre parece pertenecer a otros: o a los dictadores que están tomando el poder en muchos lugares, o a los nuevos medios de comunicación, o a las celebridades y a los influencers. El mundo está hambriento de voces que hablen con autoridad sobre el sentido de nuestras vidas. Voces peligrosas amenazan con llenar el vacío. Es un mundo alimentado no por la autoridad, sino por los contratos - incluso en la familia, la universidad y la iglesia.

Entonces, ¿cómo puede la Iglesia recuperar la autoridad y hablar a nuestro mundo hambriento de

voces que suenen a verdad? Lucas nos dice que cuando Jesús enseñaba, "quedaban impresionados por su enseñanza, porque hablaba con autoridad" (*Lucas 4:32*). Él ordena a los demonios y ellos obedecen. Hasta el viento y el mar le obedecen. Incluso tiene autoridad para llamar a la vida a su amigo muerto: "¡Lázaro, sal fuera!" (*Juan 11:43*). Casi las mismas palabras encontramos al final del evangelio de Mateo: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra".

Pero hacia la mitad de los evangelios sinópticos, en Cesarea de Filipo, se produce una importante crisis de autoridad, ¡que hace que la contemporánea parezca nula! Jesús dice a sus amigos más íntimos que debe ir a Jerusalén, donde sufrirá, morirá y resucitará. Ellos no aceptan su palabra. Entonces Jesús los lleva a la montaña y se transfigura ante sus ojos.

Su autoridad se revela a través del prisma de su gloria, así como a través del testimonio de Moisés y Elías. Es una autoridad que toca sus oídos y sus ojos, sus corazones y sus mentes. Su imaginación. ¡Por fin ahora lo escuchan!

Pedro es lleno de gozo: es tan bueno estar aquí. Como dijo Teilhard de Chardin, "la alegría es el signo infalible de la presencia de Dios". Es esta la alegría de la que estaba hablando Hermana Maria Ignazia esta mañana, la alegría de María. Sin alegría ninguno entre nosotros tiene autoridad. ¡Nadie le cree a un cristiano triste! En la Transfiguración, esta alegría surge de tres fuentes: la belleza, la bondad y la verdad. Podríamos mencionar otras formas de autoridad. En el *Instrumentum laboris* viene subrayada la autoridad de los pobres. Está la autoridad de la tradición y de la jerarquía con su ministerio de unidad.

Lo que quisiera mencionar esta mañana es que las autoridades son múltiples y se refuerzan mutuamente. No tiene por qué haber competencia, como si los laicos sólo pudieran tener más autoridad si los obispos tuvieran menos, o los llamados conservadores compitieran por la autoridad con los progresistas. Podríamos tener la tentación de lanzar fuego contra quienes consideramos contrarios a nosotros, como los discípulos del evangelio de hoy (*Lucas 9, 51-56*). Pero en la Trinidad no hay rivalidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no compiten por el poder, como tampoco hay competencia entre nuestros cuatro evangelios.

Hablaremos con autoridad a nuestro mundo perdido si trascendemos los modos competitivos de existencia en este sínodo. Entonces el mundo reconocerá la voz del pastor que los llama a la vida. Examinemos esta escena de la montaña y veamos la interacción de diferentes formas de autoridad.

### **Belleza**

Primero está la belleza o la gloria. Ambas palabras son prácticamente sinónimas en hebreo. El obispo Robert Barron dijo en alguna parte -y le ruego me disculpe, obispo Bob, si le cito mal- que la belleza puede llegar a personas que rechazan otras formas de autoridad. Una visión moral puede ser percibida como moralista: '¿Cómo te atreves a decirme cómo vivir mi vida? La autoridad de la doctrina puede rechazarse como opresiva: "¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que pensar?". Pero la belleza tiene una autoridad que alcanza nuestra libertad interior.

La belleza abre nuestra imaginación a lo trascendente, cuya patria anhelamos. El poeta jesuita Gerard Manley Hopkins define a Dios como aquel "que es Él la belleza, que da la belleza". Santo Tomás de Aquino afirma que revela el objetivo último de nuestra vida, como la diana a la que apunta el arquero (2).

No es de extrañar que Pedro no sepa qué decir. La belleza nos lleva más allá de las palabras. Alguien ha dicho que todos los adolescentes tienen alguna experiencia de la belleza trascendente. Si no tienen guías, como los discípulos tuvieron a Moisés y Elías, ese momento pasa. Cuando todavía era un muchacho de 16 años en un colegio benedictino, experimenté un momento así en la gran iglesia de la abadía y tuve monjes sabios que me ayudaron a comprender.

Pero no toda belleza habla de Dios. Los dirigentes nazistas amaban la música clásica. En la solemnidad de la Transfiguración, se lanzó una bomba atómica sobre Hiroshima como odiosa parodia de la luz divina. La belleza puede engañar y seducir. Jesús dijo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados: son hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia" (*Mateo 23, 27*).

Pero la belleza divina de la montaña resplandecerá en la Ciudad Santa cuando se revele la gloria del Señor en la cruz. La belleza de Dios se revela de la manera más resplandeciente en lo que parece más feo. Hay que ir a los lugares de sufrimiento para vislumbrar la belleza de Dios.

Etty Hillesum, la mística judía que se sintió atraída por el cristianismo, la encontró incluso en un campo de concentración nazi: "Quiero estar allí, en medio de lo que la gente llama 'horror' y poder seguir diciendo 'la vida es bella'" (3). Cada renovación de la Iglesia ha ido acompañada de un renacimiento estético: la iconografía ortodoxa, el canto gregoriano, el barroco de la Contrarreforma (¡que no es precisamente mi favorito!). La Reforma fue en parte un choque de visiones estéticas. ¿Qué renovación estética necesitamos hoy para abrir un atisbo de trascendencia, especialmente en lugares de desolación y sufrimiento? ¿Cómo podemos abrirnos hoy a la belleza de la cruz?

Cuando los primeros dominicos llegaron a Guatemala en el siglo XVI, la belleza les allanó el camino para compartir el Evangelio con los indígenas. Rechazaron la protección de los conquistadores españoles. Los religiosos enseñaron a los mercaderes indígenas locales himnos cristianos para cantar mientras se desplazaban por las montañas para vender sus mercancías. Esto allanó el camino para que los hermanos se desplazaran con seguridad por la región que aún hoy se conoce como Vera Paz. Paz verdadera. Pero al final llegaron los soldados y mataron no sólo a los nativos, sino también a nuestros hermanos que intentaban protegerlos.

¿Qué canciones pueden penetrar en el nuevo continente de la juventud? ¿Quiénes son nuestros músicos y poetas? Así que la belleza abre la imaginación al inefable final del camino. Pero, como Pedro, podemos caer en la tentación de quedarnos ahí. Se necesitan otras formas de compromiso imaginativo para bajarnos de la montaña al primer sínodo camino de Jerusalén. A los discípulos se les ofrecen dos intérpretes de lo que ven, Moisés y Elías, la ley y los profetas. O de la bondad y la verdad.

### **Bondad**

Moisés condujo Israel de la esclavitud a la libertad. Los israelitas no deseaban marcharse. Anhelaban de la seguridad de Egipto. Temían la libertad del desierto, así como los discípulos temen ir hacia Jerusalén. En *Los hermanos Karamazov* de Dostoevskij, el Gran Inquisidor afirma que "nada ha sido nunca más insoportable para la humanidad y la sociedad que la libertad... Al final pondrán su libertad a nuestros pies y dirán: 'Mejor que nos esclavicen, pero aliméntanos'".

Los santos tienen la autoridad del coraje. Nos desafían a ponernos en camino. Nos invitan a afrontar con ellos la arriesgada aventura de la santidad. Santa Teresa Benedicta de la Cruz nació

en el seno de una familia judía observante y, cuando era adolescente, se hizo atea. Pero cuando por casualidad cogió la autobiografía de santa Teresa de Ávila, la leyó durante toda la noche. Afirmó: "Cuando terminé el libro, me dije a mí misma: ésta es la verdad". Esto fue lo que la llevó a la muerte en Auschwitz. Esta es la autoridad de la santidad. Nos invita a renunciar al control de nuestras vidas y permitir que Dios sea Dios.

El libro más popular del siglo XX fue *El Señor de los Anillos*, de J.R.R. Tolkien. Es una novela profundamente católica. Afirmaba que era la historia de la Eucaristía. Los mártires fueron las primeras autoridades de la Iglesia, porque lo habían dado todo valientemente. G.K. Chesterton dijo: "La valentía es casi una contradicción, porque significa un fuerte deseo de vivir que adopta la forma de una disposición a morir" (4). ¿Tenemos miedo de presentar el peligroso desafío de nuestra fe? Herbert McCabe, OP, dijo: "Si amas, te harán daño, quizá te maten. Si no amas, ya estás muerto". Los jóvenes no se sienten atraídos por nuestra fe si la domesticamos.

"El amor perfecto echa fuera el miedo" (1 Jn 4, 18). El Hermano Michael Anthony Perry, OFM, antiguo Ministro General de los Franciscanos, dijo: "En el bautismo hemos renunciado al derecho a temer" (5). Yo diría que hemos renunciado al derecho a ser esclavizados por el miedo. Los valientes conocen el miedo. Sólo tendremos autoridad en nuestro mundo lleno de miedo si la gente ve que lo arriesgamos todo. Cuando nuestros hermanos y hermanas europeos fueron a predicar el Evangelio en Asia hace cuatro siglos, la mitad de ellos murieron incluso antes de llegar, de enfermedades, naufragios, piratas. ¿Tendríamos nosotros el mismo valor insensato?

Henri Burin de Rozières (1930-2017) era un abogado dominico francés afincado en la Amazonia brasileña. Llevó a los tribunales a los grandes terratenientes que a menudo esclavizaban a los pobres, obligándoles a trabajar en sus vastas propiedades y matándoles si intentaban escapar. Henri recibió muchas amenazas de muerte. Le ofrecieron protección policial, pero él sabía que lo más probable era que fueran ellos quienes lo mataran. Cuando pasé por su casa, me ofreció su habitación para pasar la noche. Al día siguiente me dijo que no había podido dormir por miedo a que vinieran y, en vez de llevarse a él, ¡me llevaran a mí sin querer!

Así que la autoridad de la belleza habla del final del viaje, de la patria que nunca hemos visto. La autoridad de la santidad habla del viaje que debemos hacer para llegar. Es la autoridad de los que dan su vida. El poeta irlandés Pádraig Pearse proclamó: "Malgasté los espléndidos años que el Señor Dios concedió a mi juventud, intentando hacer cosas imposibles, creyendo que eran las únicas que merecían la pena. Señor, si tuviera esos años, los volvería a malgastar. Los alejaría de mí" (6).

## **Verdad**

Y luego está Elías. Los profetas son los que dicen la verdad. Él vio a través de las fantasías de los profetas de Baal y escuchó la delgada voz del silencio en la montaña. Veritas, verdad, el lema de la Orden Dominicana. Me atrajo a los dominicos incluso antes de conocer a uno, ¡lo que tal vez fue providencial!

Nuestro mundo se ha desencantado de las verdades: noticias falsas, afirmaciones descabelladas en Internet, locas teorías de la conspiración. Sin embargo, enterrado en la humanidad hay un instinto inestimable por la verdad, y cuando se dice, tiene algún último vestigio de autoridad. El Instrumentum laboris no teme ser honesto sobre los retos a los que nos enfrentamos. Habla abiertamente de las esperanzas y preocupaciones, de la ira y la alegría del pueblo de Dios. ¿Cómo

podemos atraer a la gente hacia Aquel que es la verdad si no somos sinceros con nosotros mismos? Permítanme mencionar sólo dos formas en las que esta tradición profética de decir la verdad es necesaria. En primer lugar, al hablar con verdad de las alegrías y sufrimientos del mundo. En La Española, Bartolomé de Las Casas había llevado una vida mediocre hasta que, en el Adviento de 1511, leyó el sermón de Antonio de Montesinos, OP, que se enfrentaba a los conquistadores y a la esclavitud de la población indígena: " Díganme ¿con qué derecho o con qué interpretación de la justicia mantienen a los indios en esta cruel y horrible servidumbre? ¿Con qué autoridad han hecho estas detestables guerras contra gente que antes vivía tranquila y pacíficamente en su propia tierra?". Las Casas lo leyó, sabiendo que era verdad, y se arrepintió. Así pues, en este sínodo escucharemos a personas que hablarán con sinceridad de "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy" (Gaudium et spes, n. 1).

La verdad también requiere un conocimiento disciplinado que resista nuestra tentación de utilizar la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia para nuestros propios fines. "¡Dios debe tener razón porque está de acuerdo conmigo!". Los biblistas, por ejemplo, nos remiten a los textos originales en su extrañeza, en su diversidad. Cuando estaba en el hospital, un enfermero me dijo que ojalá supiera latín para poder leer la Biblia en la lengua original. ¡Yo no dije nada! Los verdaderos eruditos se oponen a cualquier intento simplista de alistar la Escritura o la tradición para nuestras campañas personales. La Palabra de Dios pertenece a Dios. Escúchenlo. Nosotros no poseemos la verdad. Es la verdad la que nos posee a nosotros.

Todo amor nos abre a la verdad de los demás. Descubrimos cómo, en cierto sentido, siguen siendo inescrutables. No podemos apoderarnos de ellos y utilizarlos para nuestros propios fines. Los amamos en su alteridad, en su libertad incontrolable.

Así, en la Montaña de la Transfiguración, vemos cómo se invocan distintas formas de autoridad para guiar a los discípulos más allá de la gran crisis de autoridad de Cesarea de Filipo. Todo esto, y más, es necesario. Sin verdad, la belleza puede ser vacua. Como alguien dijo, "la belleza es a la verdad lo que la bondad es a la comida". Sin bondad, la belleza puede engañar. La bondad sin verdad cae en la el sentimentalismo empelagoso. La verdad sin bondad conduce a la Inquisición. San John Henry Newman utilizó bellas palabras para hablar de las muchas formas de autoridad, gobierno, razón y experiencia.

Todos tenemos autoridad, pero de formas diferentes. Newman escribió que si la autoridad del gobierno se convierte en absoluta, es tiránica. Si la razón se convierte en la única autoridad, se cae en un árido racionalismo. Si la experiencia religiosa se convierte en la única autoridad, gana la superstición. Un sínodo es como una orquesta con diferentes instrumentos, cada uno con su propia música. Por eso la tradición jesuita del discernimiento es tan fructífera. ¡No se llega a la verdad por mayoría, como no se dirige una orquesta o un equipo de fútbol por votación!

La autoridad del líder garantiza ciertamente que la conversación de la Iglesia sea fructífera, que ninguna voz prevalezca sobre las demás y las ahogue. Discierne la armonía oculta. Jonathan Sacks, Gran Rabino de Gran Bretaña, escribió: "En tiempos turbulentos, existe una tentación casi abrumadora para los líderes religiosos de ser polémicos. No sólo hay que proclamar la verdad, sino también denunciar la falsedad. Las opciones deben presentarse como divisiones tajantes. No condenar es condonar". Sin embargo, afirma, "un profeta no atiende a un solo imperativo, sino a dos: orientación y compasión, amor por la verdad y solidaridad continua con aquellos para quienes la verdad se ha vuelto oscura. Preservar la tradición y defender al mismo tiempo a quienes otros

condenan es la difícil y necesaria tarea del liderazgo religioso en una era secular" (7).

Todo poder procede de nuestro Dios Trino, Aquel en quien todo es compartido. El teólogo italiano Leonardo Paris dice: "El Padre comparte su poder. Con todos. Y configura todo poder como compartido... Ya no es posible citar a Pablo - "Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sinodalidad, sin reconocer que esto significa encontrar formas históricas concretas, para que cada uno se reconozca a sí mismo como poseedor del poder que el Padre ha querido confiarle" (8).

Si la Iglesia se convierte realmente en una comunidad de empoderamiento mutuo, entonces hablaremos con la autoridad del Señor. Llegar a ser una Iglesia así será doloroso y hermoso. Esto es lo que exploraremos en la última meditación.

**Notas:**

(1) *The Golden Echo* (El eco de oro)

(2) ST III, 45

(3) *An Interrupted Life, Una Vida Interrumpida: The Diaries and Letters of ETTY HILLESUM 1941 – 43, Diarios y cartas de ETTY HILLESUM 1941-43* Persephone Books, Londres, 2007, p. 276

(4) *Orthodoxy, Ortodoxia*, Londres 1996, p. 134

(5) Benotti, p. 66

(6) Citado por el Cardenal Murphy O'Connor, "Fiftieth Anniversary of Priesthood", "Cincuenta años de sacerdocio" en Daniel P. Cronin, *Priesthood, Sacerdocio: A Life Open to Christ, Una vida abierta a Cristo* (St Pauls Publishing, Londres, 2009), p. 134.

(7) "Elijah and the Still, Small Voice", "Elías y la Voz Quieta y

Pequeña" [www.rabbisacks.org/covenant-conversation/pinchas/elijah-and-the-still-small-voice](http://www.rabbisacks.org/covenant-conversation/pinchas/elijah-and-the-still-small-voice)

(8) cfr. Leonardo Paris, *L'erede, El heredero. A Christology, Una Cristología*, Queriniana, 2021, pp. 220-221. Próximamente publicado también en inglés por Brill, con prefacio de Massimo Faggioli

### El Espíritu de verdad 3 de octubre de 2023

Los discípulos ven la gloria del Señor y el testimonio de Moisés y Elías. Ahora encuentran el valor para bajar de la montaña y dirigirse a Jerusalén. En el evangelio de hoy (Lucas 9:51-56) los vemos en camino. Se encuentran con los samaritanos, que se oponen a ellos porque se dirigen a Jerusalén. La reacción inmediata de los discípulos es hacer bajar fuego del cielo y destruirlos. En efecto, acaban de ver a Elías y eso fue lo que hizo con los profetas de Baal. Pero el Señor les reprende. Todavía no han comprendido el camino por el que el Señor les conduce.

En las próximas tres semanas podemos sentir la tentación de hacer caer fuego del cielo sobre aquellos con los que no estamos de acuerdo. Nuestra sociedad está llena de ira ardiente. El Señor nos invita a desterrar esos impulsos destructivos de nuestro encuentro.

Esta ira generalizada nace del miedo, pero no debemos tener miedo. El Señor ha prometido el Espíritu Santo, que nos guiará a toda la verdad. La noche antes de morir, Jesús dijo: " Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero por el momento no son capaces de soportar la carga. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los conducirá a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que ha escuchado y les anunciará lo que está por venir" (Jn 16, 12-13). Sean cuales sean los conflictos en nuestro camino, de una cosa estamos seguros: el Espíritu de la verdad nos conduce a toda la verdad. Pero no será fácil. Jesús advierte a sus discípulos: "Aún tengo que deciros muchas cosas, pero de momento no sois capaces de soportar la carga". En Cesarea de Filipo, Pedro no soporta oír que Jesús tendrá que sufrir y morir. En esta última noche antes de la muerte de Jesús, Pedro no puede soportar la verdad de que él mismo negará a Jesús. Ser conducido a la verdad es oír cosas desagradables.

¿Cuáles son las verdades que nos cuesta afrontar hoy? Es muy doloroso enfrentarse a la magnitud de los abusos sexuales y la corrupción en la Iglesia. Ha parecido una pesadilla de la que esperamos despertar. Pero si tenemos el valor de afrontar esta verdad vergonzosa, la verdad nos hará libres. Jesús promete que " serán afligidos, pero su aflicción se cambiará en alegría " (16,20), como en los dolores de parto de la mujer. Estos días del Sínodo serán a veces dolorosos, pero si nos dejamos guiar por el espíritu, serán los dolores de parto de una Iglesia renacida.

Este es nuestro testimonio ante una sociedad que, a su vez, huye de la verdad. El poeta T.S. Eliot dijo que "la humanidad no puede soportar demasiada realidad" (1). Nos dirigimos hacia una catástrofe ecológica, pero nuestros dirigentes políticos suelen fingir que no pasa nada. Nuestro mundo está crucificado por la pobreza y la violencia, pero los países ricos no quieren ver a los millones de nuestros hermanos y hermanas que sufren y buscan un hogar. La sociedad occidental tiene miedo de enfrentarse a la verdad de que somos seres mortales vulnerables, hombres y mujeres hechos de carne y hueso. Rehuimos la verdad de nuestra existencia corpórea, pretendiendo que podemos identificarnos como queramos, como si sólo fuéramos mentes. La cultura del borrado significa que hay que silenciar a las personas con las que no estamos de acuerdo, hay que impedir que hablen, igual que los discípulos querían hacer caer fuego sobre los samaritanos que no habían aceptado a Jesús. ¿Cuáles son las dolorosas verdades que nuestros hermanos y hermanas de distintos continentes temen afrontar? No me corresponde a mí decirlo.

Si tenemos el valor de ser honestos sobre quiénes somos, es decir, seres humanos mortales vulnerables y hermanos y hermanas en una Iglesia que siempre ha sido heroica y corrupta, entonces hablaremos con autoridad a un mundo que todavía tiene hambre de verdad, aunque el tema que sea inalcanzable. Esto requiere valentía, que para el aquinate era fortitudo mentis, la fortaleza de ánimo para ver las cosas como son, para vivir en el mundo real. La poeta Maya Angelou dijo: "La valentía es la más importante de todas las virtudes, porque sin valentía no puedes practicar las demás virtudes con coherencia" (2).

Cuando San Óscar Romero regresó a El Salvador, un funcionario de inmigración le dijo: "Esta es la verdad". Era la verdad frente a la muerte. Sentado en un banco, preguntó a un amigo si tenía miedo a morir. El amigo respondió que no. Romero replicó: "Pero yo sí. Tengo miedo de morir". Fue esta sinceridad la que hizo tan hermoso su martirio. Desde que vio el cuerpo mutilado de su amigo jesuita Rutilio, comprendió lo que le esperaba. Cuando fue martirizado, encontraron su cuerpo cubierto de sudor. Parece que vio al hombre que iba a matarle, y no huyó.

La última noche, Jesús advierte a sus discípulos que si permanecen en él, la vida verdadera, serán podados para que den más fruto. En este sínodo podemos sentir que estamos siendo podados. Así podremos dar más fruto. Esto puede significar que estamos libres de ilusiones y prejuicios mutuos que podamos tener, de nuestros miedos y de nuestras estrechas ideologías. Podados de nuestro orgullo. Uno de mis hermanos jóvenes me animó a hablar personalmente sobre este tema, aunque tengo algunos reparos en hacerlo. Hace un par de años, me sometieron a una cirugía mayor por cáncer de mandíbula. Duró diecisiete horas. Permanecí en el hospital durante cinco semanas, sin poder comer ni beber. A menudo no entendía muy bien dónde estaba ni quién era. Me despojaron de mi dignidad y dependí completamente de los demás incluso para las necesidades más básicas. Fue una poda terrible. Sin embargo, también fue una bendición.

En ese momento de impotencia, no podía pretender ser importante, no podía presumir de ningún logro. Yo era simplemente otra persona enferma en la cama de un hospital sin nada que dar. Ni siquiera podía orar. Entonces mis ojos se abrieron un poco más al amor completamente gratuito e inmerecido del Señor. No podía hacer nada para merecerlo y era maravilloso que no fuera necesario que yo lo hiciera.

El Espíritu está en cada uno de nosotros, guiándonos juntos a toda verdad. ¡Fui ordenado por el gran obispo Butler, la única persona presente en el Concilio Vaticano II que hablaba perfecto latín ciceroniano! Le encantaba decir: "No temamos que la verdad dañe a la verdad" (3). Si lo que alguien dice es cierto, no puede amenazar la verdad que amo. Debo abrir mi corazón y mi mente a la amplitud de la verdad divina. Si creo que lo que dice el otro no es verdad, naturalmente tengo que decirlo, con la debida humildad. En alemán existe la hermosa palabra Zwischenraum. Si lo entiendo correctamente, significa que la plenitud de la verdad reside en el espacio entre nosotros mientras hablamos. El misterio de Dios siempre se revela en los espacios vacíos, desde los espacios vacíos entre las alas del querubín en el arca de la alianza hasta el sepulcro vacío.

El choque de verdades aparentemente incompatibles puede resultar doloroso y enfadado. Basta pensar en el relato de san Pablo sobre su enfrentamiento con san Pedro en Antioquía, narrado en la Carta a los Gálatas: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse abiertamente a él" (2, 11). ¡Pero se dieron mutuamente la mano derecha de la amistad y la Santa Sede los considera a ambos fundadores! Estaban unidos en la muerte como mártires.

Debemos buscar la manera de decir la verdad para que la otra persona pueda escucharla sin sentirse abatida. Piense en cuando Pedro se encontró con Jesús en la orilla en Juan capítulo 21. La noche antes de la muerte de Jesús, Pedro se había jactado de amar al Señor más que a nadie. Pero poco después negó al Señor tres veces, en el momento de mayor vergüenza de su vida. En la orilla, sin embargo, Jesús no le regaña por el fracaso. Le pregunta amablemente, tal vez con una sonrisa, tres veces: "¿Me amas más que esta gente?". Con infinita delicadeza ayuda a Pedro tres veces a anular su triple negación. Ella lo desafía a afrontar la verdad con toda la ternura del amor. ¿Podemos desafiarnos unos a otros con esta delicada sinceridad? La poeta estadounidense Emily Dickinson ofrece un buen consejo: "Diga toda la verdad, pero dígala de manera indirecta: el éxito reside en un circuito".

Perdónenme si cito poemas. Pueden ser difíciles de traducir. Lo que quiere decir es que a veces la verdad se dice con más fuerza si se dice indirectamente, para que la otra persona pueda escucharla. Si le dices a alguien que es un dinosaurio patriarcal, ¡probablemente no lo ayudará! Por supuesto, a veces será igualmente doloroso. Pero el Papa Francisco dijo: "proclamar la verdad, aunque a veces sea incómodo" (4).

Esto requerirá cierta pérdida de control por parte de todos nosotros. Jesús le dice a Pedro: "En verdad, te digo, que cuando eras más joven tú mismo te ponías el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras ir. Esto le dijo para indicarle con qué muerte glorificaría a Dios" (Juan 21, 18).

Si el Sínodo tiene las dinámicas de la oración más que las de un parlamento, nos pedirá una especie de abandono del control, incluso una especie de muerte. Dejar que Dios sea Dios. En *Evangelii gaudium*. El Santo Padre escribió: "no hay mayor libertad que la de dejarse conducir por el Espíritu, renunciando a calcularlo y controlarlo todo, y dejar que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos empuje hacia donde Él quiere" (n. 280). ¡Renunciar al control no significa hacer nada! Debido a que la Iglesia ha sido una estructura controladora, a veces se necesitan intervenciones fuertes para permitir que el Espíritu Santo nos guíe a donde nunca pensamos que iríamos. Tenemos un profundo instinto de aferrarnos al control, razón por la cual muchos temen al sínodo. En Pentecostés el Espíritu Santo desciende con fuerza sobre los discípulos, que son enviados hasta los confines de la tierra. Los apóstoles sin embargo, se han establecido en Jerusalén y no quieren marcharse. ¡Se necesita persecución para sacarlos del nido y expulsarlos de Jerusalén! ¡Afectuosa firmeza! Encima de mi oficina en Santa Sabina, cada año anidan algunos cernícalos. Llegó el día en que los padres echaron a los pichones del nido, obligándolos a volar o morir. ¡Sentado en mi escritorio pude ver cómo luchaban por mantenerse en el aire! ¡A veces el Espíritu Santo nos echa del nido y nos pide que volemos! Temblamos y entramos en pánico, ¡pero volamos!

En Getsemaní, Jesús entrega el control de su vida y la confía al Padre. ¡No como quiero! Cuando yo era un joven fraile, un dominico francés, que había sido sacerdote en activo, se quedó en la comunidad. Tuvo que ir a la India para servir a los más pobres entre los pobres y había venido a Oxford para estudiar bengalí. Le pregunté qué pensaba hacer: "¿Cuál es tu plan?". Él respondió: "¿Cómo puedo saberlo antes de que los pobres me lo digan?"

Cuando era un joven provincial visité un monasterio dominico que estaba a punto de cerrar. Sólo quedaban cuatro monjas ancianas. Me acompañó el anterior provincial, Peter. Cuando les dijimos

a las monjas que el futuro del monasterio parecía bastante incierto, una de ellas respondió: “Pero Timoteo, nuestro querido Señor no permitiría que nuestro monasterio muriera, ¿verdad?”. Pedro respondió inmediatamente: “Hermana, dejó morir a su Hijo”. Así que podemos dejar que las cosas mueran, no con desesperación, sino con esperanza, para dejar espacio a lo nuevo.

Santo Domingo intentó pasar el control de la Orden a sus hermanos, porque cada uno de ellos había recibido el Espíritu Santo. Por tanto, ser guiado por el Espíritu Santo significa estar libre de la cultura del control. En nuestra sociedad, el liderazgo no es más que mantener las manos en las palancas del poder. El Papa San Juan XXIII bromeaba diciendo que todas las noches le decía a Dios: "El Papa debe irse a dormir ya, por eso tú, Dios, debes cuidar de la Iglesia durante unas horas". Como bien entendió, el liderazgo a veces significa ceder el control.

El Instrumentum laboris nos llama a hacer “la opción preferencial por los jóvenes” (por ejemplo B.2.1). Cada año recordamos que Dios vino entre nosotros como un niño, un bebé recién nacido. La confianza en los jóvenes es una parte intrínseca del liderazgo cristiano. Los jóvenes no están aquí para ocupar el lugar de nosotros, los mayores, sino para hacer lo que no podemos imaginar. Cuando Santo Domingo envió a sus novicios a predicar, algunos monjes le advirtieron que así los perdería. Domenico respondió: “Sé con seguridad que mis jóvenes saldrán y volverán, serán enviados y volverán; pero vuestros jóvenes estarán encerrados y seguirán saliendo” (5).

Ser guiados por el Espíritu en toda verdad significa dejar ir el presente, confiar en que el Espíritu generará nuevas instituciones, nuevas formas de vida cristiana, nuevos ministerios. Durante los últimos dos milenios, el Espíritu Santo ha estado obrando creando nuevas formas de ser Iglesia, desde los Padres y Madres del Desierto hasta las Órdenes de frailes en el siglo XIII, ¡e incluso los jesuitas durante la Contrarreforma! Los nuevos movimientos eclesiales en el último siglo. Debemos dejar que el Espíritu Santo actúe creativamente entre nosotros, con nuevas formas de ser Iglesia que ahora no podemos imaginar, ¡pero quizás los jóvenes sí! Escúchenlo, dijo la voz en la montaña. Y esto incluye escuchar a los jóvenes, en quienes el Señor vive y habla (ver Mateo 11, 28).

Ser guiado por la verdad, como hemos visto, no es sólo una cuestión de comparación racional. No somos sólo cerebros. Revelémonos unos a otros quiénes somos, nuestra humanidad vulnerable. A santo Tomás de Aquino le encantaba decir de Aristóteles que "anima este quodammodo omnia", "el alma en cierto sentido es todo". Entendemos en profundidad abriendo nuestro ser al otro. Nos dejamos tocar y cambiar por nuestro encuentro mutuo. La verdad de plenitud en la que el Espíritu Santo nos guía no es un conocimiento desapasionado que analiza desde lejos. Es más bien un conocimiento proactivo. Es inseparable del amor transformador (IL A.1 27). El estilo dominicano es que a través del conocimiento llegamos a amar. El camino franciscano es que a través del amor llegamos a conocer. Ambos tienen razón.

El misterio al que somos guiados es el de un amor totalmente inigualable, sin rivalidad. Todo lo que el Padre tiene es dado al Hijo y al Espíritu Santo. Incluso la igualdad. Participar en la vida divina es estar libre de toda rivalidad y competencia. Es con este mismo amor divino, libre de toda rivalidad, con el que debemos amarnos unos a otros durante este sínodo. San Juan escribió: “Si alguno dice: 'Amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque cualquiera que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Juan 4:20).

El viaje hacia la plenitud de la verdad es inseparable del aprendizaje de amar. Sólo se producirá un cambio profundo si la búsqueda de comprender la voluntad del Señor se retuerce en la doble

espiral de aprender a amar a aquellos que nos resultan difíciles. Será difícil comunicar esto a las personas que no están aquí. ¿Todas estas personas realmente llegaron tan lejos, a un gran costo, sólo para amarse unos a otros? Las decisiones prácticas, por supuesto, son inevitables y necesarias. Pero deben surgir de la transformación personal y comunitaria de quiénes somos, de lo contrario son mera administración.

Imagínense la alegría de verse libres de toda competencia entre ustedes, para que la mayor voz que tengan los laicos no signifique que los obispos se hayan ido, o que cuanta más autoridad se les conceda a las mujeres, menos tengan los hombres, o que mayor consideración que reciben nuestros hermanos y hermanas africanos disminuye la autoridad de la Iglesia en Asia u Occidente. Esto requiere de cada uno de nosotros una profunda humildad mientras esperamos con confianza los dones de Dios. Simone Weil fue una mística judía francesa, fallecida en 1943, que en su camino hacia la verdad llegó a decir: "Creo en Dios, en la Trinidad, [ ...] en la Redención, en la Eucaristía, en las enseñanzas del Evangelio" (6). Escribió que "los bienes más preciosos no deben buscarse sino esperarse... Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo su propio contenido para acoger en sí el ser que ve tal como es en sí". su verdadero aspecto" (7).

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de la verdad, seguro que discutiremos. A veces será doloroso. Habrá verdades que preferiríamos no afrontar. ¡Pero seremos conducidos un poco más profundamente al misterio del amor divino y experimentaremos tal alegría que la gente nos envidiará por estar aquí y anhelará asistir a la próxima sesión del sínodo!

**Note:**

(1) *Burnt Norton, I quattro quartetti, Lo cuatro cuartetos*

(2) *Cerimonia, Ceremonia, 24 de mayo de 2008*

(3) *Ne timeamus quod veritas veritati noceat*

(4) *cfr. 24 de enero de 2023*

(5) *ed. Simon Tugwell, OP, Early Dominicans: selected writings, Primeros Dominicos: textos seleccionados, Ramsey N.J., 1982 p.91*

(6) *S. PÉTREMENT, La vita di Simone Weil, La vida de Simone Weil, Adelphi, Milán 2010, p. 646*

(7) *Waiting on God, Esperando en Dios, trad. de Emma Craufurd, Londres 1959, p.169.*